



## ELOGIO DEL AMOR

ALAIN BADIOU  
CON NICOLAS TRUONG

LA BRILLANTE  
REFLEXIÓN DE  
UNO DE LOS MÁS  
RELEVANTES  
FILÓSOFOS  
FRANCESES DE  
LA ACTUALIDAD

50.000  
ejemplares  
vendidos en  
Francia

ALAIN BADIOU, *Elogio del amor*, traducción de José María Solé, La esfera de los libros, Madrid, 2011, 125 pp. ISBN 978-84-932103-9-7. (*Éloge de l'Amour*, 2009).

¿POR qué insistir con tanta fuerza en la emergencia del amor, en su fuerza revolucionaria? Porque para una importante mayoría del pensamiento contemporáneo más vivo en su figura se concentra la posibilidad de dar salida a la vida moñina en la que el occidental se siente atrapado. Tomemos un ejemplo cada vez más reconocido para ilustrar esto último: el exitoso Don Dreiper de *Mad Men*. En la formalidad de su traje, en su peinado, en la totalidad de los decorados donde trabaja, bebe o hace el amor se evidencia la ambivalencia de lo que se da a ver como una vida que raya lo perfecto, pero que la serie finalmente muestra como ruinoso. La relación que mantiene con Betty, su glamorosa, bella y elegante esposa, supone la apoteosis de esta ambivalencia formal. Para el imaginario de Dreiper, de su entorno y del espectador, Betty encarna la posesión del botín máspreciado, el canon de belleza americano que tan bien representó Grace Kelly, pero a cuya sombra emerge una auténtica debacle existencial, la misma que en forma de pesadilla reaparece una y otra vez en los títulos de crédito. Una vez pasada la pasión amorosa inicial, la intimidad de la pareja deviene ella misma un sistema de promoción social en el que dominan la mentira y el estatus y en el que se borra la complicidad que nos vincula de manera íntima al otro.

Protegermos de esta amenaza es según Badiou una tarea filosófica que implica reinventar la experiencia amorosa en un sentido por completo diferente al que ha dominado en la historia de la filosofía. El amor es una experiencia que está lejos de concebirse como una excepción a lo real del sexo o, en su extremo contrario, como una apoteosis subjetiva de carácter casi religioso. Confiarse ciegamente al otro es una vivencia que conserva una dimensión universal en la que un individuo puede transformar la contingencia de los encuentros en un destino abierto e imprevisible donde se afirma la construcción de un mundo a partir de la diferencia. Especifiquemos el sentido de esta diferencia. Al contrario de lo que sucede en Lévinas, de la diferencia no debe deducirse una dimensión ética en la cual “me olvido de mi en beneficio del otro” (p. 36), sino un punto de vista descentrado desde el que mirar el mundo. Como en Platón, amar es conocer. Pero en la reinención del amor que persigue Badiou se afirma el dos, la diferencia que nos forma y desde la cual el mundo se abre y puede ser visto a través del prisma de nuestra diferencia. Afirmado desde la diferencia, y no desde la identidad, el amor permite el nacimiento, es siempre “la posibilidad de asistir al conocimiento del mundo” (p. 38).

Al estar constituidos por ese punto de vista, como señala Badiou, al incorporarse “el sujeto a ese sujeto único, el sujeto del amor” (p. 37), ya no se trata tanto de una experiencia como de una construcción. Construir no significa devaluar el acontecimiento del encuentro, siempre ajeno a la ley que rige las situaciones cotidianas, sino reinventar su diferencia con una obstinación deseada. Es cier-

Al estar constituidos por ese punto de vista, como señala Badiou, al incorporarse “el sujeto a ese sujeto único, el sujeto del amor” (p. 37), ya no se trata tanto de una experiencia como de una construcción. Construir no significa devaluar el acontecimiento del encuentro, siempre ajeno a la ley que rige las situaciones cotidianas, sino reinventar su diferencia con una obstinación deseada. Es cier-



to que la sorpresa del encuentro invita a experimentar el mundo de forma nueva, pero tan importante o más que esta valoración del éxtasis de los inicios es fundar el amor como una construcción, y como una construcción duradera. No obstante, el interés de Badiou por la duración va más allá de su comprensión convencional. No se debe durar por el efecto de un imperativo externo, por la acción inducida por una tradición. Más bien se trata de entender el amor como una posibilidad de inventar formas diferentes de durar en la vida y, de ese modo, enfrentarse a nuevos sentidos del tiempo. Amar es desear la duración y, como tal, tener la posibilidad de reinventar la reinención de la vida que supone el amor creando un mundo (un tiempo) a partir del encuentro. En este punto se aprecia una notable diferencia con la crítica especulativa de izquierdas que, bajo el ropaje de radical, esconde, según el autor, la reedición del antagonismo que regula el capitalismo. Así como para Agamben mantener viva la excepción que implica el amor no deja de suponer su herencia como tarea, para Badiou amar no es una tarea de memoria, sino de desplegar la excepción, de considerar la proyección de un comienzo de por sí ya extraordinario.

Quizá por esta razón no deje de ser casual que la prueba más significativa de esa duración se dirima para Badiou en el encuentro corporal. Puede que el valor performativo de las declaraciones tipo “Te amo” o “Te querré siempre” mantenga sus efectos reales, de hecho resulta obvio que mantienen un valor de compromiso y lealtad, pero prestar el cuerpo al otro y ofrecer su desnudez constituyen la prueba material de la declaración, la promesa de que es posible mantener la reinención constante de la vida al calor de una idea amorosa. Pero, al contrario de lo que aseguran “los ideólogos interesados en su pérdida” (p. 51), el amor no es una ilusión que cubre la pasión amorosa, una treta darwinista que asegura el futuro de la especie, sino la verificación de la palabra dada en la declaración.

Esta experiencia por la que se  *fija el azar* del encuentro remite a un proceso de verdad que, como hemos indicado, es universal, pero que también presenta una vocación de eternidad. Convirtiendo el azar en un comienzo, el amor no sólo hace visible el renacimiento del mundo que posibilita la diferencia de miradas, sino que lo hace durar. ¿Es casual que las declaraciones de amor estén llenas de expresiones que prometen una cierta eternidad? *Fidelidad*, entendida fuera de su contexto habitual, es la palabra clave, aquella por la que la eternidad se inscribe en el tiempo, la *idea* de que tras el amor se esconde la posibilidad de una cierta dicha. Lo más importante, dice Badiou, es ser fieles al acontecimiento del encuentro, de lo contrario cederemos al chantaje cotidiano de salvar nuestra independencia o conservar nuestro espacio, dos de las consignas que proponen una cierta soberanía cuando de lo único que somos soberanos es de sus propios intereses.

Es frente a esta soberanía donde el elogio del amor se vuelve necesario. Porque todavía es posible el amor, es decir, porque todavía es posible lo posible que introduce la diferencia del *dos*, el amor mantiene la capacidad de reinventar y, con ella, el impulso de no ceder, lo que convierte la perseverancia y la obstinación del amor verdadero en un elemento político similar al del compromiso revolucionario al que el autor confiesa haber sido “eternamente fiel” (p. 91). Se trata de vivir desinteresadamente y resistir. Sin embargo, pese a que sus novelas y sus obras de teatro así lo ponen de manifiesto, no queda claro que la proyección política del amor no implique una *hipótesis comunista* que en lugar de hipótesis se convierta en una máquina de generar enemigos y, como tal, en una plataforma de acción política. En una frase muy reveladora atribuida a Žižek, el esloveno afirma que de lo que se trata es de “instaurar una nueva política tras el momento del desacuerdo” o, lo que es lo mismo, reinstaurar la clásica afirmación de que lo importante es el momento posterior a la revolución. Si, como en par-



te parece, la indeterminada relación entre amor y política sigue esta indicación, hacer rendir políticamente la fidelidad al acontecimiento corre el riesgo de actualizar lo que en otros textos aparece como hipótesis; esto es, desplegar un comienzo, someterse a una disciplina y reinventar el estado.

*José Miguel Burgos Mazas*